



miguel
castellote
editor

COLECCION DE BOLSILLO «BASICA 15»

Una aproximación a la problemática del mundo actual en una Colección de Bolsillo auténticamente popular y digna en su contenido y su presentación.

Cada número, de unas 60 páginas, 15 pesetas.

Los volúmenes constan de uno o varios números.

NOVEDADES

32-33. J.-J. Rousseau, «Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres» (estudio preliminar de J. Castellote). Precio: 30 pesetas.

34. Moisés García, «Estructura y dialéctica». Precio: 15 pesetas.

35-37. José Antonio Gómez Marín, «Bandolerismo, santidad y otros temas españoles». Precio: 45 pesetas.

38-39. Benito Pérez Galdós, «La sombra». Precio: 30 pesetas.

40-42. Jean Jacques, «Las luchas sociales en los gremios». Precio: 45 pesetas.

OTROS TITULOS PUBLICADOS

1-2. M. Godelier, «Esquemas de evolución de las sociedades». Precio: 30 pesetas.

3. G. Toti, «Sociología del tiempo libre». Precio: 15 pesetas.

4-7. «Poesía anónima africana» (selección, traducción y prólogo de R. Martínez Furea). Precio: 60 pesetas.

8-9. James Baldwin, Leroy Jones, «Al encuentro del hombre negro» (prólogo de L. Conde). Precio: 30 pesetas.

10-12. Oscar Hurtado, «Introducción a la ciencia-ficción». Precio: 45 pesetas.

13. Eduardo Haro Tecglen, «La crisis de la democracia». Precio: 15 pesetas.

14-20. Wells, Bradbury, Asimov, etcétera. «Narraciones de ciencia-ficción». Precio: 105 pesetas.

22-25. Jürgen Kuczynski, «Breve historia de la economía». Precio: 60 pesetas.

26-27. «El sentimiento de las cosas» (Antología de la poesía clásica japonesa). Precio: 30 pesetas.

28-29. Daniel Barros, «Poesía sudamericana actual». Precio: 30 pesetas.

30-31. Eduardo Chamorro, «Inclación al proceso histórico». Precio: 30 pesetas.

DE INMINENTE APARICION

Zola, «Germinal».
Benito Pérez Galdós, «El caballero encantado».

Lorand Gaspar, «Historia de Palestina».
J. L. Garci, «Adam Blake».

Solicite condiciones especiales para suscriptores.

Miguel Castellote Editor. Hermanos Miralles, 32. Teléfonos 276 77 52 y 246 06 18. Madrid.

ARTE • LETRAS • ESPEC

pequeña información (los poemas de Espriu cantados por Raimon, las primeras canciones de Joan Manuel Serrat...), pero cuyo origen y desarrollo ignoraba casi en su totalidad. Desde que la antología de José María Castellet y Joaquín Molas apareció en las librerías, en Galicia se esperaba que Alianza Editorial hiciera otro tanto con la poesía gallega. Al cabo de tres años lo ha hecho, y lo que al principio fue satisfacción general en los medios intelectuales gallegos se convirtió en seguida en una no menos general censura y desaprobación. Y no por las razones que convierten a la mayoría de las antologías en fuente de polémicas. Esas razones, que en otras circunstancias hubieran salido a luz, se han quedado en los tinteros, porque «Ocho siglos de poesía gallega» (2) es un ejemplo claro de lo que no debe hacerse.

Dejando a un lado los problemas que se reflejan al acierto o no de los antólogos en la selección de poetas y poemas, o en la utilización de una ortografía ya desterrada, o detalles anecdóticos —como el que Xavier Prado Lameiro se convierta en dos poetas diferentes: Javier Prado, uno, y Lameiro, el otro—, etcétera, etcétera; dejando a un lado todo esto y más que es importante, vamos a detenernos en la traducción que Andrés Ruiz Tarazona ha hecho de los poemas a él encomendados: del siglo XV en adelante.

Pocas objeciones hay que hacerle a la autora de la otra parte de la antología, Carmen Martín Gaité, que en general ha realizado su trabajo con dignidad, aunque no sin errores. Es lamentable, por ejemplo, que en la can-

tiga V (la número 793 del «Cancionero de la Vaticana»), de Pero Meogo, traduzca «a auga volvía» por «al agua volvía» cuando en realidad «volvía» significa aquí «turbaba», con lo cual el valor estilístico del verso desaparece por completo. Y más lamentable por cuanto en el libro de Méndez Ferrín «O cancionero de Pero Meogo» (Galaxia, Vigo 1966), podía encontrar aclaración a sus dudas. Pero ya digo, en general, la labor de Carmen Martín Gaité es aceptable. En cambio, la realizada por A. Ruiz Tarazona es detestable. Los ejemplos podrían ofrecerse por cientos, pero voy a limitarme a unos cuantos, para que el lector no versado sepa qué significan realmente las graves palabras que los autores han colocado al frente de su obra, en la página 28: «En cuanto a la traducción, hemos procurado, sin salirnos de una absoluta fidelidad al espíritu del texto...».

En la página 166 y en un villancico anónimo del siglo XVII traduce «peroliñas» —diminutivo de «pérolas» (= «perlas») — por «cazuelitas», y así el verso «Se me chora de amor peroliñas», queda de esta manera: «Si me llora de amor cazuelitas». En el poema «Soila», de Rosalía de Castro (página 281), ignora que «dondas» significa «apacibles», y el verso «Eran dondas as tardes» pasa a «Las tardes eran locas». En «As duas pragas», de Curros Enríquez (pág. 293), confunde «afumado» (= «ahumado») con «húmedo». Y en ese mismo poema, donde dice «vina» (= «la vi»), traduce «venía». Del mismo poeta, convierte «gorxa confiada» (= «garganta confiada») en «multitud confiada» (página 311).

Entre los poetas del siglo XX comienza Ramón Cabanillas diciendo en castellano «racheados» (pág. 334) donde él dijera «rachadores», que significa «rompedores». Y continúa:

«Qué bien quiere una [paloma si vuelve a su palomar], en lugar de: «El buen cariño es [una paloma que siempre vuela [al palomar]» (3).

Por su parte, Manuel Antonio nunca quiso decir «desahogo» cuando escribió (pág. 379): «Presinto un desacougo (= desasosiego) que perdura». Ni llegaría a pensar jamás que el verso «A chouva entrou na noite» (= «La lluvia entró en la noche»), pudiera traducirse por «La lluvia entró de noche» (página 383).

Para terminar: «remorso» (pág. 385) nunca es «añoranza»; sino «remordimiento»; ni «arroces» (pág. 391) son «atunes», sino «delfines»; del mismo modo que «escachando con estrondo» es «rompiendo con estruendo» y no «destrozando con esfuerzo» (página 399). Además, «tremar» es «temblar», no «templar» (pág. 404); «aloumiñar» es «acariciar», no «alumbrar» (página 410). Y aquí ponemos un etcétera que el lector que desee puede alargar cuanto quiera, incluso hasta salirse del libro que nos ocupa y saltar a las páginas de otra antología también recientemente salida al mercado (4) y de la que no nos vamos a ocupar, pero donde se encuentran cosas tan regocijantes como esta: En un poema de V. Paz Andrade, los «bandeirantes paulistanos» (pág. 50) se convierten en «grupo de guerrilleros palestinos».

Esperemos que Alianza Editorial (cuya importante labor no ponemos en duda), si no se decide a retirar del mercado esta antología ilegible, sepa subsanar de alguna manera, en próximas ediciones, los importantes errores aquí señalados. ■ CARLOS CASARES.

(3) En gallego: «O bo cariño é unha pomba que sempre volve ó pombal».

(4) «Antología de poesía gallega». Manuel Catoira. Zero. Madrid, 1972.

Hegel: filosofía y religión

«Definir metafísicamente a Dios es expresar la naturaleza en pensamiento», dijo Hegel en su «Enciclopedia de las ciencias filosóficas»: tal es el lema que podría resumir el espléndido ensayo de Antonio Escobotado (1), que tengo ocasión de comentar aquí. Los ensayos filosóficos de cierta densidad especulativa son inusuales entre nosotros; suelen desvirtuarse las habituales concepciones a lo sociológico o a lo académico, que encubren la incompetencia para tales aventuras intelectuales. Aún más infrecuentes son las aproximaciones en su propio terreno a la filosofía de G. W. F. Hegel. Conocemos dos en los últimos años, y debemos felicitarlos por ello (no sobran en este país los motivos de gozo intelectual): un notable ensayo de Ramón Valls («Del yo al nosotros») y el libro de Escobotado que ahora nos ocupa. Ambos dan suficiente prueba de una «presencia hegeliana» en nuestro contexto cultural, entendida no como simple recreación profesional de los temas hegelianos, sino como creación especulativa a partir o en la traza de Hegel.

El puesto que Hegel dedicó en su pensamiento al raciocinio sobre la religión es significativamente privilegiado. Ante los misterios dogmáticos, cabe la postura de quien los acata venerablemente, según la fe instituye, o los rechaza de pleno, según el habitual funcionamiento del racionalismo empirista; pero ambas posturas son irrelevantes desde el punto de vista filosófico. Hegel, el sistemático de pensamiento más completo y satisfac-

(1) Antonio Escobotado, «La conciencia infeliz». «Revista de Occidente», 1972.



Hegel

torio, trató de encontrar la postura especulativa que subsumiese y superase (aufgehoben) tales planteamientos.

La empresa de Hegel se fundamentó en la distinción entre representación y concepto; en el pensamiento del filósofo de Jena, la religión y la filosofía coinciden en cuanto a su objeto, pero mientras la una lo sitúa en el plano representativo, ligado a la tradición y al sentimiento, la otra se lo plantea al nivel especulativo, más acorde con los superiores intereses del espíritu racional. En último término, se trata de legitimar las aspiraciones de un discurso propio para la filosofía, ni puro fideísmo ni pura interpretación sociológica o histórica de cada fenómeno dogmático, por admisibles que sean en absoluto ambas posturas. De este modo, quien crea que ante una proposición religiosa sólo cabe la aquiescencia o el rechazo desde una posición determinadamente trascendente o científica, obtendrá provecho en leer textos como éste, que refrendan la legitimidad de otro discurso, el especulativo o propiamente filosófico: «El grito que desgarró la agonía de Jesús, presiente el abandono del ser finito a su propia libertad total, la entrega al hombre de una idea tan alta que él mismo que el propio Dios quiso hacerla suya. Es la idea del hijo del hombre, de un ser que procede de un eslabo o *osn*, de una naturaleza humana, que, por ello mismo, es heredera de

toda trascendencia y de toda fuerza». La especificidad de esta palabra no se resume en ninguno de los otros discursos políticos, reclama una verdad conceptual, más digna de ser llamada, en cierto sentido, libre.

Antonio Escotado no se refugia en el comentario bienpensante y respetuoso ni en la exégesis crudita: a partir de las premisas hegelianas, y según un estilo sabiamente deudor del de Hegel, pero propio, profundiza en unos temas que la obra del gran sistemático alemán sólo desbrozó. Su gran capacidad especulativa y su friamente apasionada inteligencia no demereren del tema elegido ni del ilustre mentor que le ilumina. ¿Hasta qué punto da cuenta del fenómeno religioso? ¿No se pierde en la alta especulación la peculiaridad del instante de la revelación, en el que Kierkegaard centraba su pensamiento religioso? La interpretación hegeliana está abierta a todas las instancias opuestas de lo individual e irreplicable, pese a su constante aspiración al cierre sistemático. Hegel es el gran interlocutor que nos asfixia, pero que también puede liberarnos... de sí mismo.

Aquel a quien por razones institucionales o por su incapacidad le está prohibido el pensamiento, no debe acercarse a este libro; los restantes (pocos o muchos) paladearán con él la alegría del pensamiento en marcha y situarán a Antonio Escotado en el privilegiado lugar que le corresponde en la filosofía española actual. ■ **FERNANDO SAVATER.**

El teatro de Lucas Fernández

La Editorial Escelicer ha publicado las siete obras conservadas de Lucas Fernández, seguidas de un apéndice con

las «Coplas de una doncella, un pastor y un salvaje», sobre cuya posible paternidad existen dudas.

La edición merece ser acogida con cierta mezcla de asombro y de sensacionalismo, pues, por más que se trate de un autor ampliamente estudiado en manuales de literatura, es la cuarta que del teatro de Lucas Fernández se hace en todos los tiempos. Habría una de 1514, otra de 1867, una reproducción de la primera, ordenada por la Real Academia en 1927, y esta de ahora.

De ahí el interés del prólogo de Alfredo Hermenegildo, responsable de la edición y estudioso del teatro de Fernández. Un prólogo en el que, condensando otros ensayos suyos anteriores, se sostiene y razona el «renacimiento» de

Lucas Fernández —considerado por la mayoría de los críticos como el autor tradicional, encerrado en Salamanca por oposición al humanismo de Juan del Encina—, intentando, en términos generales, destruir las imágenes que, a partir del «Auto de la Pasión» —éste sí, publicado en reiteradas ocasiones—, han presentado a Lucas Fernández como un hombre profundamente religioso y poco atento a las crisis de este mundo.

Aclara el prologuista, enfrentándose con dicha opinión, el carácter de cristiano nuevo que Fernández había heredado de su familia. Un rasgo que explica los tres tíos sacerdotes de nuestro escritor —también con carrera eclesiástica— y, en general, una actitud ostentosa religiosa

que, en gran parte, debía de responder a la necesidad de integrarse en la nueva sociedad española por los caminos más espectaculares y seguros. Lo que no excluye la presencia en sus obras profanas y semiprofanas de ciertos elementos de significación ideológica precisa, encaminados a defender la convivencia de todos los españoles sin excepción.

Por lo demás, es obvio que nos encontramos ante textos decididamente anclados en un tiempo que ya no es el nuestro, pero que ayudan a comprender su época y el gran proceso de nuestro teatro clásico. Sólo el «Auto de la Pasión», por su sequedad, por la violencia de sus imágenes, ha conseguido, en las anuales fechas de su tema, verse exhumado en recitales, escenarios y —hoy las

ciencias...— programas de televisión. ■ J. M.

«ACUSA»: un importante proyecto cultural

«La evolución de la sociedad industrial ha impuesto al Estado moderno, que la patrocina, la función "estandarizadora" de las obras de arte y de la cultura como productos acabados para el consumo de masas. La financiación del Estado ha "oficializado" la cultura y el arte nacional. Todavía subsisten, sin embargo, particulares mecenazgos para alimentar creaciones o difusiones de la cultura y el arte acordes, o no contradictorias, con la visión ideológica de la fuente financiera. Pero desde el punto de vista nacional, la importancia de estas iniciativas es más bien escasa, y, lo que es peor, sus manifestaciones son concordantes con las actividades fomentadas por el Estado. La cultura o el arte promocionados por mecnas individuales no difieren, generalmente, ni en orientación ni en calidad, de la cultura y el arte oficiales».

Basándose en este punto, Cristóbal Halffter, María Cuadra, Juan Antonio Castro, Carmelo Bernaola, Hermógenes Sainz, Vicente Sainz de la Peña, Francisco Heras, Ricardo Bellés y Eusebio Sempere, patrocinados por Vicente Alexandre, Pablo Serrano, Ana María Matute, Nuria Espert, Antonio Gades, Camilo José Cela, Miguel Berrocal, Eduardo Chillida y un largo etcétera, han creado un grupo promotor de actividades culturales, que, bajo el nombre de ACUSA (Avance Cultural, S. A.), pretende «abrir en España un nuevo horizonte de sensibilidad popular a través de la producción de obras, medios y actividades vehiculares del arte y la cultura». La diferencia de este proyecto con el de otras

